

Los rasgos fundamentales del materialismo dialéctico en la formulación de Stalin

El comienzo del año 1931, con la doble condenación, así del mecanicismo como del deborinismo — que habían tenido no pocos seguidores después de la muerte de Lenin —, por el Comité Central del Partido Bolchevique, representa una encrucijada decisiva en la historia de la filosofía soviética. El decreto exigía de la nueva dirección filosófica la lucha implacable en dos frentes: «contra la revisión mecanicista del marxismo, como peligro principal del momento presente, y contra la actitud idealista por parte de los camaradas Deborin, Karew, Sten y otros». Así, merced a esta aplicación drástica del dogma del *partidismo* de la filosofía — adhesión y sujeción de ésta al partido —, en la literatura filosófica soviética no aparecerá en adelante otro sistema que el *materialismo dialéctico*, correspondiente — por lo menos en lo esencial — a la forma elaborada y divulgada en sus escritos por Engels y Lenin, la cual sigue más bien la ideología posterior de Marx.

Bajo semejante régimen totalitario y absolutista, incluso en el campo intelectual, el único que podía decir algo nuevo en filosofía, o podía autorizar para ello, era el Secretario General del Partido, que tenía en sus manos las riendas todas del poder sobre la inmensa URSS. Es lo que hizo *Joseph W. Stalin* en los largos años de su férrea dictadura. Su actividad literaria, bastante extensa, había empezado ya en 1901, y consiste esencialmente en artículos y en cursos de conferencias, que aparecieron luego reunidos en algunos libros. Importancia excepcional se ha concedido, y con razón, al libro *Curso compendiado de la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, presentado a la aprobación del Comité Central en 1938 y atribuido a Stalin, si bien fue escrito por un equipo de redactores, entre los que figuran Kalinin, Molotov, Woroschilow, Kaganovitsch, Mikojan, Shdanow, Beria. Querían, Stalin y el partido, después de la introducción de la nueva Constitución — 1936 —, que suponía terminada la etapa de la socialización del país, e iniciado el paso al comunismo, ofrecer a los cuadros de mando, cual instrumento ideológico, un libro en que estuviese expuesta la historia, no sólo de grandes hechos, sino también de grandes ideas. La historia del partido debía ser presentada en este manual como desarrollo de las ideas básicas del marxismo-

leninismo, como «marxismo-leninismo en acción». Si sobre las demás partes de la obra la acción de Stalin fue sólo mediata, parece indudable que debe atribuírsele plenamente la parte más llena de responsabilidades y peligros, a saber, el párrafo 2.º del capítulo 4.º, titulado «Acerca del materialismo dialéctico e histórico». Es este pequeño escrito, de 27 páginas en dicho libro, el que va a ser objeto de nuestra consideración y comentario.

Una idea aproximada de la importancia política de este escrito, podría darla la enumeración de las ediciones del mismo, publicado muchísimas veces en libros, revistas, periódicos y opúsculos sueltos. Se estima que el número total de ejemplares, publicados en distintas lenguas, alcanza los doscientos millones. Ciertamente que ningún otro libro o escrito marxista ha alcanzado tal difusión en las más diferentes naciones, como para con ningún otro han practicado los ideólogos y políticos oficiales de la Unión Soviética y del Comunismo mundial el ferviente culto a la personalidad. Hasta la muerte de su autor fue considerado el escrito en Rusia como la obra filosófica de mayor trascendencia de la historia mundial, como «el hilo conductor que representa la interpretación oficial del marxismo-leninismo, y no permite interpretación arbitraria de ninguna clase». Por esto las fórmulas stalinianas han estado en las bases de todos los manuales del materialismo dialéctico e histórico hasta muy adelantado el proceso de desestalinización.

En vano los filósofos soviéticos se esforzaron por descubrir en el trabajo de Stalin elementos que permitiesen atribuir a éste un lugar en el pensamiento filosófico. La importancia innegable del escrito está — según confesión unánime — en que resume y formula, de forma concisa y sentenciosa, los fundamentos teóricos asentados y trabajados por Engels y Lenin: lo que estos grandes maestros del materialismo dialéctico no realizaron, lo lleva a cabo Stalin, al ofrecernos una exposición sistemática, completa, de la *dialéctica materialista*, reducida a algunos rasgos fundamentales, un verdadero bosquejo de la dogmática soviética. En cambio, en el campo del *materialismo histórico* puede atribuirse a Stalin la elevación del marxismo a un plano más subido de evolución: aquí se mueve en su elemento, y con desembarazo y maestría aplica la doctrina filosófica a los problemas políticos y sociales.

INTRODUCCION. Definición del materialismo dialéctico.

«El materialismo dialéctico es la cosmovisión del partido marxista-leninista.»

Ya queda señalado el papel decisivo que en la orientación doctrinal del comunismo ruso corresponde la resolución del Comité Central del mismo, del 25 de enero de 1931. Desde aquella fecha, el partido tuvo su propia filosofía, el materialismo dialéctico de

Marx y Engels, elaborado, desarrollado y aplicado por Lenin y Stalin.

De este sistema se dice que es la «cosmovisión del partido». El marxismo no ha sido siempre una cosmovisión, es decir, una interpretación expresa del acontecer humano y cósmico, tomado en su conjunto. Es de notar que los problemas de la cosmovisión filosófica jugaron un papel insignificante en la democracia social alemana y Europa occidental frente a las cuestiones políticas y económicas. No así en Rusia, donde el marxismo asentó, ante todo, su pie en las capas intelectuales, y en sus controversias desempeñaron un papel central los problemas de concepción cósmica. Así, en opinión de Lenin, únicamente una cosmovisión unitaria que abarque entrambos campos — el de la interpretación de la naturaleza y de las ciencias del espíritu —, garantiza una postura marxista revolucionaria. Un robustecimiento ulterior del carácter cosmovisionista del marxismo se presentó después de la revolución de octubre (1917) y, sobre todo, después del definitivo dominio absoluto de Stalin — desde 1929 —. En adelante, sobre la cosmovisión universal, y por medio de ella, deberá fundarse la sociedad soviética.

La cosmovisión del materialismo dialéctico — este esquema de la interpretación del sentido de todo ser: cosmos, hombre, sociedad — se distingue, ante todo, de otras concepciones cósmicas por la afirmación de su *cientificidad*. Como el positivismo, el nuevo sistema cósmico sostiene haber sacado todos sus principios de la «generalización de los hechos». Si bien, en realidad, detrás de esta cosmovisión están toda una serie de *valoraciones* inderivables e indemostrables. Precisamente a causa de la multitud de estimaciones y valoraciones posibles y no demostrables, provistas no pocas veces de una fuerte carga afectiva, no puede darse una cosmovisión rigurosamente *científica*.

«Esta cosmovisión — sigue el texto — se llama *materialismo dialéctico*, porque su acercamiento a los fenómenos naturales, su método de investigación de los fenómenos naturales, su método de conocimiento de los fenómenos naturales, es el dialéctico, y porque su interpretación de los fenómenos naturales, su concepción de los fenómenos naturales, su teoría es *materialista*.»

«Mi método dialéctico — escribía Marx, iniciador de la inversión de la dialéctica hegeliana — es, en su base misma, no sólo distinta del de Hegel, sino su opuesto...; para él es el proceso mental el demiurgo creador de lo real, lo cual constituye sólo su manifestación exterior, mientras para mí lo ideal no es sino lo material, traspuesto y traducido en la cabeza del hombre.» Engels, por su parte, dice: «Arrinconad la dialéctica hegeliana, concebimos materialísticamente los conceptos de nuestra cabeza, como copias de las cosas reales, como imágenes de éste o aquel grado del concepto absoluto... Con esto la dialéctica conceptual pasó a ser solamente el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real.» La dialéctica de Hegel invertida, significa, pues, para Engels

primariamente evolución y movimiento en el mundo objetivo, y en segundo lugar, también un movimiento en el conocimiento humano subjetivo, que sigue y corresponde a aquel movimiento primario.

I. EL METODO DIALECTICO MARXISTA

INTRODUCCION. Etimología y significado de la esencia de la dialéctica.

«Dialéctica procede de la palabra griega «dialego», que significa llevar adelante una conversación, una polémica. Por *dialéctica* se entendía en la antigüedad el arte de alcanzar la verdad mediante el descubrimiento de las contradicciones en los juicios del adversario, y por la superación de estas contradicciones. En la antigüedad hubo filósofos que opinaron que el descubrimiento de las contradicciones en el pensar, y el choque de opiniones contrarias, era el mejor medio de hallar la verdad.» Así el texto de Stalin.

Se ha hecho notar que éste tiene aquí indudablemente ante los ojos a Heráclito, el cual ocupa en el pensamiento griego una posición del todo singular. A Heráclito se ha referido Hegel y los grandes maestros del materialismo dialéctico.

En el modo de hablar de éstos no se apropia el término «dialéctica» ningún significado preciso: no es solamente un «método», sino que encierra también una «doctrina». El sentido que ha quedado dominante es el de «doctrina de las leyes más generales de la evolución de la naturaleza, y de la sociedad y de su reflejo en el pensamiento» — Leonov —. Engels distingue un triple campo de aplicación de la dialéctica: naturaleza, historia y pensar humano, cuando escribe: «La dialéctica no es otra cosa que las leyes generales del movimiento y de la evolución de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento.» Lenin, a su vez, tiene la dialéctica por elemento decisivo del marxismo y pone su esencia o meollo en la «unidad de los opuestos»: la separación de lo uno en sus elementos opuestos y la contradicción entre ellos, es, para Lenin, el origen inmanente de toda actividad y evolución.

A esta dialéctica, esencialmente dinámica, activa, histórica, contraponen diametralmente los doctores del marxismo soviético la *Metafísica* — consideración estática de la realidad —. De este modo la palabra «metafísica» pasa a ser denominación colectiva para todos los sistemas opuestos al materialismo dialéctico, aun cuando muchas veces tengan muy poco que ver con la verdadera metafísica — como sucede, v. g. con el convencionalismo, con el positivismo comtiano, con el neopositivismo —. La esencia de la metafísica sería, según dichos filósofos, la admisión de esencias inmutables, la no consideración de movimientos y cambios en la naturaleza y en la historia. En su tratado *Acerca de la contradicción*, Mao-

Tse-Tung caracteriza más concretamente la metafísica por él impugnada — y también por Stalin — como «el materialismo mecanicista» de los siglos XVII y XVIII, y «el evolucionismo vulgar» de principios del presente... En rigor, empero, no puede hablarse de una oposición *Dialéctica-Metafísica*, tomada esta última en sentido clásico, puesto que también el materialismo dialéctico pretende dar respuesta a las cuestiones últimas, y por cierto establecidas dogmáticamente, a pesar de toda la cacareada apertura para los progresos científicos. A estas tesis pertenecen la infinitud y eternidad del moscos, la evolución eterna progresista, la exclusión esencial de fuerzas no materiales, etc.

Pasando ya a la *distribución* de la materia, señalemos que Stalin, en su escrito, trata primero «el método dialéctico» marxista y después el «materialismo filosófico marxista»; disposición que tácitamente fue admitida como obligatoria en todas las exposiciones soviéticas de sistema aparecidos posteriormente hasta la desestabilización doctrinal. Semejante disposición — tal vez ventajosa desde el punto de vista pedagógico — resulta ilógica: la dialéctica, en efecto, según la concepción soviética, es una *propiedad* del movimiento de la materia, y es claro que antes de hablar de tal propiedad hay que estar enterado de qué cosa sea la *materia* misma, sujeta hay que estar enterado de qué cosa sea la *materia misma*, sujeto de este movimiento. Es lo que en 1954 juzgaban muchos pensadores rusos, que propugnaban el retorno a la distribución de las exposiciones doctrinales anteriores a 1938.

En cuanto al *contenido* de la *dialéctica marxista* fue decisiva durante muchos decenios la manera de Engels, el cual resumía la esencia de la misma en *tres leyes fundamentales*: la ley del tránsito de cantidad a cualidad y viceversa: la ley de la penetración mutua de los opuestos; la ley de la negación de la negación. En Stalin se nos presenta una organización del contenido enteramente nueva. Tenemos *cuatro rasgos* fundamentales del método dialéctico marxista: 1.º, enlace universal de los fenómenos en la naturaleza y en la sociedad; 2.º, movimiento y evolución en la naturaleza; 3.º, evolución como paso de cambios cuantitativos a cualitativos; 4.º, evolución como lucha de los opuestos. Es inútil señalar que esta forma de exposición fue obligada hasta la muerte de Stalin. Sin negar algunas ventajas que ella ofrece, hay que reconocer que dichos rasgos no agotan, en modo alguno, toda la riqueza, todas las facetas del método marxista-leninista: baste notar la escasa importancia atribuida a la doctrina de las categorías, sólo tácita e imperfectamente distribuida a lo largo del escrito. Tampoco se puede hablar de originalidad de ideas: los dos primeros rasgos reproducen conceptos que también para Engels constituían lo esencial de la dialéctica, si bien no los formulaba como «leyes propias de la misma»; los dos restantes, en cambio, figuraban en él como leyes propias de la dialéctica materialista.

RASGOS FUNDAMENTALES DEL METODO DIALECTICO MARXISTA

Primer rasgo fundamental: «En oposición a la *metafísica*, la *dialéctica* considera a la *naturaleza* no como una agrupación *accidental* de objetos, de fenómenos sueltos, aislados e independientes los unos de los otros, sino como un *todo* único y coherente, en el que las cosas y los fenómenos están enlazados entre sí orgánicamente, dependen los unos de los otros y se condicionan mutuamente. Por esto, el método dialéctico parte de la afirmación de que ningún fenómeno de la naturaleza puede ser comprendido si es aislado y tomado fuera del enlace con los fenómenos que lo rodean; porque un fenómeno cualquiera, en cualquier dominio de la naturaleza, puede ser convertido en algo carente de sentido si se le considera fuera de la trabazón con los fenómenos que lo rodean; y, por el contrario, un fenómeno cualquiera puede ser entendido y explicado, si es considerado en su indisoluble unión con los fenómenos circundantes en cuanto es condicionado por ellos.» Este pensamiento del enlace universal del cosmos lo hallamos ya en Engels, como presupuesto de la manera dialéctica del pensar.

Ciertamente no le puede ser difícil al teórico del marxismo soviético recoger en los autores y libros científicos una abundante mies de fenómenos que hablan en favor de una *unidad relacional* muy amplia y profunda en el cosmos, y para él, por consiguiente, en todo el ámbito del ser. Existe, en efecto, un enlace entre la materia viviente y anorgánica: los organismos dependen del sol, del calor, de la luz, etc.; dentro del mundo anorgánico están trabados los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos...; nuestra tierra no existe aislada en el espacio, sino unida con los demás planetas como parte de nuestro sistema solar, el cual, a su vez, es un elemento insignificante de nuestra galaxia, que, a su vez se organiza con otras galaxias hasta llegar finalmente a la llamada *Metagalaxia*. También en cada objeto y fenómeno podemos distinguir multiplicidad y variedad de partes y elementos que mutuamente se influyen y condicionan, de suerte que el cambio en una parte determine con frecuencia el cambio en las demás — pensemos en lo que acontece en los organismos y en los elementos constitutivos del mundo anorgánico —. Esta mutua dependencia puede asimismo observarse en la vida social humana. También la sociedad representa un organismo moral en el que las diversas partes y elementos están en mutua y variada interacción y dependencia.

En realidad, el reconocimiento de la importancia y eficacia de estos hechos científicos e históricos, para demostrar que también bajo el aspecto *relacional* el universo constituye una grandiosa unidad, ni es exclusivo del materialismo dialéctico, ni puede ser aducido como espléndida corroboración del mismo por la ciencia — como con frecuencia se ha hecho —. Una unidad y enlace de los

seres materiales ha sido proclamada y subrayada por todos los grandes sistemas metafísicos — citemos la filosofía escolástica —, hasta el punto de que no sin razón se ha señalado como una de las tareas capitales de toda *metafísica* — en el sentido clásico de la palabra — la búsqueda de la explicación de semejante enlace y unidad.

Lo que tan sólo un sistema filosófico-materialista puede admitir y propugnar es el *sentido y alcance* que a la unidad relacional de los seres concede el primer rasgo. Enuncia, en efecto, no solamente que en el cosmos se dan enlaces íntimos y múltiples, sino también que *todos* los seres y fenómenos están entre sí orgánicamente trabados, y que semejante enlace es *material*. Es claro que la sana filosofía no puede aceptar que Dios, Espíritu purísimo y libérrimo esté por su naturaleza atado necesariamente a los seres y fenómenos del mundo material, que de ellos dependa y por ellos sea condicionado, que pueda ser convertido en un «sin sentido» si se le considera fuera de las condiciones que le envuelven. Cosa parecida podría decirse del *alma humana*, que, como espiritual, no puede estar materialmente enlazada con los seres y fenómenos del mundo corpóreo.

Lo mismo que acabamos de decir del *cosmos*, considerado como un *todo sistemático*, cabe afirmar del mismo mirado por el materialismo dialéctico como un *todo histórico*, que niega toda intervención extramundana en los puntos nodales del desarrollo del universo: aparición de la vida, aparición de la sensibilidad, aparición de la conciencia. Se trataría de meros *saltos cualitativos*, por los que la materia adquiriría nuevas formas de movimiento, sin necesidad alguna de recurrir a la aparición de un principio vital, de un alma sensitiva, de un alma racional. Como indicaremos más tarde, semejante teoría es del todo inadmisibile a la luz de la sana razón.

Contra la «metafísica» — entendida en el sentido deformado de Engels y de Stalin — se lanza el reproche de que ignora toda unidad relacional. Hasta mediados del siglo XIX habría dominado en las ciencias naturales el modo de ver metafísico que aislaba unos de otros los objetos y fenómenos individuales, y hacía de la naturaleza un montón casual de cosas. Esta manera de considerar alcanzaría sus límites más avanzados en la actual filosofía y ciencia burguesas, que afirmarían que no se da trabazón legal alguna entre los procesos físicos, y que sólo podría hablarse de un acaso y falta de sentido en los hechos históricos. No puede negarse que en este punto no pocos autores y sistemas han incurrido en exageraciones inaceptables y en errores gravísimos — entre los científicos podríamos citar a los indeterministas radicales y entre los filósofos a los existencialistas —. Pero la acusación no afecta a todos los sistemas tildados de *idealistas* por la filosofía soviética, como ya se dijo antes. Más todavía, el procedimiento *metafísico* condenado por Stalin, es el método necesario de las ciencias de la

naturaleza, las cuales deben *analizar* los procesos y objetos, es decir, deben aislarlos para poder investigar las influencias de unos sobre otros. La dialéctica, en cuanto tal, apenas puede prestar servicio alguno a las ciencias como instrumento de investigación: ya Marx distinguía entre métodos de investigación y método de exposición.

Segundo rasgo fundamental: «En contraposición a la metafísica — escribe Stalin —, la dialéctica considera la *naturaleza*, no como un estado de reposo e inmovilidad, de estancamiento y de inmutabilidad, sino como un estado de *movimiento* y de cambio perpetuos, de renovación y desarrollo incesantes, en el que siempre algo crece y nace, algo se disgrega y desaparece.» Análogamente formula Engels este dinamismo cósmico en su *Dialéctica de la Naturaleza*.

Una de las tesis básicas en las que el materialismo dialéctico ha formulado las propiedades fundamentales de la materia, enuncia que «la materia está por su *esencia* en movimiento»; éste es concebido como atributo de la materia, como propiedad esencial suya. Para la filosofía soviética el movimiento es, como la misma materia, eterno, increable e indestructible; este movimiento eterno produce toda la infinita variedad de los fenómenos del universo. Esto no significa que el marxismo-leninismo niegue el *reposo*, pero lo declara sólo como *relativo*: el reposo es solamente un aspecto del movimiento, condicionado por la relativa fijeza de éstos y aquellos fenómenos. Reposo y movimiento constituyen, según la doctrina del marxismo ruso una *unidad dialéctica*, una unidad de opuestos.

A diferencia del materialismo *mecanicista*, que conocía tan sólo movimientos *locales* o mecánicos en el espacio de partículas invariables en su ser, la filosofía oficial soviética conoce, además del movimiento local, el movimiento *en sentido amplio*, sinónimo de cambio o mutación — el movimiento en sentido aristotélico —: cambio de la cantidad, de la cualidad, de la forma, de los enlaces y relaciones con el ambiente, etc. Así el movimiento ofrece diferentes formas: mecánica, física, química, orgánica, sensitiva, consciente, social...

Esta tesis del *automovimiento de la materia* se dirige originariamente contra aquella concepción metafísica que ve en la materia una realidad en sí *inerte*, incapaz de modificar por sí misma su estado; cuyo estado normal es el reposo, del cual, únicamente por la acción de una causa o fuerza externa, puede ser sacada y puesta en movimiento. Contra semejante doctrina que exige un Primer Motor, principio primero de todo movimiento, ha establecido el materialismo dialéctico la unidad indisoluble de materia y movimiento, al lado de la tesis de la eternidad de la materia.

También se ha pretendido hallar en la física moderna la confirmación de esta doctrina: la ley de la conservación y transfor-

mación de la energía contendría en sí la afirmación de la eternidad, increabilidad e indestructibilidad del movimiento de la materia y de la capacidad de ésta de realizar infinitos cambios y transformaciones... Resulta evidente lo insostenible de semejante posición que, además de confundir la energía con el movimiento, da al primer principio de la termodinámica un sentido y alcance que no tiene en el campo científico. Lo mismo cabría decir de la pretensión de ver en la célebre fórmula einsteiniana, que enlaza la masa con la energía, una corroboración de que el movimiento no es algo extraño a la materia, sino una manera de existir de la misma.

No menor importancia que a la *unidad de materia y movimiento* conceden los teóricos del materialismo ruso a la tesis de la *evolución*, a la cual se refiere también Stalin en la formulación del *segundo rasgo fundamental*: «Por esto — escribe — el método dialéctico exige que los fenómenos sean considerados no sólo desde el punto de vista de sus relaciones y de sus condicionamientos recíprocos, sino también desde el punto de vista de su *movimiento*, de su cambio, de su evolución: desde el punto de vista de su aparición y desaparición.

Para el método dialéctico lo que importa ante todo, no es lo que en un momento dado parece estable, pero que ya comienza a desaparecer; lo que importa ante todo es lo que nace y se desarrolla, aun cuando la cosa parezca inestable en un momento dado, pues que para el método dialéctico sólo es invencible lo que nace y evoluciona.»

Queda de manifiesto el enlace entre los dos *primeros rasgos fundamentales*, pues al considerar la naturaleza o cosmos como una *unidad histórica*, a la vez que sistemática, resulta claro que el mutuo condicionarse de los fenómenos — primer rasgo — es, al propio tiempo, un pasar de unos a otros, un proceso de cambio y evolución. De un modo enteramente general, el *materialismo dialéctico* y el *histórico* — así hablan sus defensores —, en cuanto se apoyan en los resultados de las ciencias naturales y sociales, han comprobado que el cosmos todo es un proceso histórico; que, por tanto, no sólo la humanidad, sino también el universo considerado como un todo, tienen una historia continua, resultado de la evolución.

La forma inferior del movimiento de la materia corresponderá a las partículas elementales — leptones, mesones y nucleones —. De éstas se habría pasado a las formas más elevadas correspondientes a los átomos y a las moléculas, entidades cualitativamente distintas de las anteriores. Del campo de la química orgánica se habría pasado al de las micelas y coacervados, y de este plano del movimiento de la materia habría por fin tenido su punto de partida el origen de la vida. Finalmente, en un constante proceso de diferenciación y acomodación, conduce el desarrollo de la vida a las propiedades cualitativamente supremas de la materia, a la acti-

vidad nérvea y cerebral, y, por último, al hombre, el cual posee la capacidad para el trabajo, está dotado de conciencia, y con esto es apto para las cualidades de la sociedad humana. En cada nuevo grado de evolución de la materia siguen obrando las leyes de los estadios precedentes, pero no son ya ellas las determinantes, pues pasan a segundo plano frente a las leyes nuevas. Estas, por su parte, no pueden reducirse a las del precedente estadio de evolución; más aún, las nuevas leyes determinan la manera especial con que siguen obrando las leyes del anterior grado evolutivo.

Tercer grado fundamental: «En oposición a la *metafísica* considera la *dialéctica* el proceso de evolución, no como un simple proceso de *crecimiento*, en el que cambios cuantitativos no conducen a cambios cualitativos, sino como un desarrollo que, partiendo de *cambios cuantitativos* insignificantes y ocultos, pasa a cambios visibles, fundamentales, *cualitativos*, en el que los cambios cualitativos no tienen lugar *gradualmente*, sino rápidamente, *repentinamente*, en forma de un tránsito a manera de *salto* de un estado a otro, ni *casualmente*, sino conforme a *ley*, como resultado de la acumulación de insignificantes y graduales cambios cuantitativos.» Esta ley, una de las columnas básicas del marxismo-leninismo, ha sido formulada bajo diversas formas por todos los clásicos de dicha doctrina.

Podríamos expresar en esta forma su contenido. El desarrollo de las cosas y fenómenos en la naturaleza tiene lugar, hasta un cierto límite, en forma de un cambio gradual, puramente *cuantitativo*, de un crecimiento o disminución. Si, empero, este cambio es proseguido más allá del límite señalado por la naturaleza en cada caso, más allá de su punto crítico, tiene lugar un salto cualitativo, aparece una nueva cualidad; la cosa deja de ser lo que era y pasa a ser otra, aparece algo *esencialmente nuevo*; la cantidad, cuyo cambio conduce a nuevas cualidades, no es siempre cantidad de materia o de número de átomos o partículas, sino que en ciertos casos es solamente cantidad de energía o movimiento.

La oposición diametral del materialismo dialéctico al materialismo mecanicista, aparece con todo su relieve en este principio básico del primero. En contraste con la cosmovisión del materialismo clásico, que reduce las formas de ser superiores a las inferiores y niega las diferencias cualitativas o esenciales en el seno del universo, la dialéctica marxista no suprime tales diferencias entre los distintos ámbitos del ser: el átomo consta, sí, de nucleones y electrones, pero sus propiedades no pueden reducirse a la de las dichas partículas; asimismo la molécula está formada por átomos, mas su esencia no queda explicada por solas las leyes valaderas en el campo atómico. Lo mismo vale para las células, los organismos, la conciencia y la sociedad.

La verdad de esta ley es corroborada por los doctrinarios del sistema mediante ejemplos tomados de los diferentes campos de

la realidad. Del mismo Stalin, en su escrito *¿Anarquismo o socialismo?*, son estas líneas: «El sistema periódico de los elementos de Mendelejew muestra claramente de cuán grande importancia es en la historia de la naturaleza la existencia de cambios cualitativos, consecuencia de mutaciones cuantitativas. Lo mismo atestigua en la Biología la teoría del neolamarckismo al que el neodarwinismo ofrece lugar.» Hoy, dicen las recientes teorías del marxismo, conocemos la cantidad, cuyo cambio obra los cambios cualitativos dentro del sistema periódico; hay que buscarla, no en el peso atómico, sino en el número atómico o carga nuclear de los elementos químicos. Es más, la estructuración de los átomos de los distintos elementos nos enseña que un crecimiento cuantitativo de un conjunto de números cuánticos — los cuales no son independientes unos de otros, sino que están dominados por el principio de Pauli — es decisivo para la formación de la estructura de los átomos individuales. En el campo biológico se invoca siempre a Darwin, y a la prueba por él ofrecida de que cambios cuantitativos originariamente insignificantes en plantas y animales conducen al fin, por acumulación y herencia, a la formación de nuevas especies.

Al declarar los rasgos básicos de la dialéctica, suelen hacer hincapié los autores en que la *ley del salto dialéctico* manifiesta cómo tiene lugar el cambio, movimiento y evolución de las cosas, afirmados en el segundo rasgo característico y fundamental. Se trataría, pues, de una *ley de evolución* del cosmos. Esta ley sirve a la ideología soviética para construir una teoría universal de la evolución, la cual tiene en cuenta a la vez la unidad material del cosmos y la diferenciación cuantitativa de los campos del ser — naturaleza inanimada, naturaleza viviente, conciencia —. Es más, la universal validez del *tercer rasgo*, como determinación del modo y carácter del enlace y de la estructura del cosmos — establecido en el *primer rasgo* — conduce a admitir una construcción jerárquica constantemente progresiva del universo, considerado en su conjunto. El proceso de evolución de la materia es — en la doctrina marxista — un proceso de diferenciación creciente y de ordenación cada vez más complicada; y esto se pretende ver apoyado por los datos y hechos de la astronomía, de la paleontología, de las ciencias de la naturaleza en general. De ahí la animosidad y el desprecio que los ideólogos soviéticos manifiestan al hablar de la teoría de Nietzsche sobre el retorno eterno de lo mismo o de la doctrina cíclica de la cultura de Spengler; toda teoría circular de la evolución se dirige, según ellos, contra el socialismo y debe forzosamente servir a la reacción.

El enjuiciamiento de este rasgo debe empezar por una valoración positiva: el materialismo dialéctico expresa con él un contenido que de hecho se presenta en el devenir cósmico, a saber, la aparición de *cambios sustanciales* que siguen a un proceso gradualmente desarrollado de mutaciones accidentales, tan pronto

como se llega a ciertos puntos críticos. De acuerdo con la *philosophia perennis* y en radical oposición al materialismo vulgar, la filosofía soviética afirma la distinción cualitativa o *esencial* entre la materia anorgánica y la viviente, entre la triple vida, vegetativa, sensitiva y consciente: en consecuencia el paso de una forma de movimiento inferior a otra superior es un verdadero *salto cualitativo*. La doctrina escolástica de los cambios sustanciales coincide ampliamente con esta concepción, si atendemos al *hecho*, no empero si consideramos su *causa*. Es inadmisibile, en efecto, la afirmación de que basta esta ley para dar razón de toda la multiplicidad de grados del ser y de especies dentro de cada grado; y, sobre todo, es inadmisibile la tendencia a derivar de esta ley un transformismo universal, es decir, la concepción según la cual todos los seres, también los vivientes y racionales; han procedido genéticamente de otros del ínfimo orden óptico, sin intervención de causa alguna externa.

Discutible es, por lo menos, la aseveración que se lee con frecuencia en los filósofos científicos del marxismo-leninismo de que en el mundo anorgánico el paso de una molécula a otra y de un átomo a otro, así como la formación de la molécula a partir del átomo, y de éstos a partir del subátomo, y la transformación de una partícula elemental en otra representan verdaderos *saltos cualitativos* dialécticos. En el mundo inanimado, en efecto, no sabemos con certeza en qué escalón se realiza el concepto de unidad sustancial, y si se da distinción específica propiamente dicha o sólo estados energéticos accidentales diversos de una misma materia. Por fin, inadmisibile del todo, por carecer de toda base experimental y teórica, y por encerrar manifiesta contradicción, es la doctrina de la evolución progresiva ascendente de la materia y de la inagotabilidad de la materia.

Cuarto rasgo fundamental: «En oposición a la *metafísica* parte la *dialéctica* de que en las cosas y fenómenos de la naturaleza existen siempre *contradicciones internas*, puesto que todas ellas tienen su lado positivo, su pasado y su futuro, lo que permanece y lo que evoluciona; de que la *lucha* de estos opuestos, la lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que muere y lo que de nuevo aparece, entre lo permanente y lo mutable, constituye el *contenido interno* del proceso evolutivo, el contenido interno del *salto* de cambios cuantitativos a cualitativos. Por esto, del método dialéctico resulta que el proceso de evolución de inferior a superior no se realiza en forma de un *desenvolvimiento armónico* de los fenómenos, sino en forma de un rompimiento de las contradicciones que son propias de las cosas y fenómenos, en forma de una lucha de tendencias contrapuestas, las cuales obran sobre la base de estas contradicciones».

Sólo en cuarto lugar coloca, pues, Stalin la «ley de la unidad de los opuestos» —llamada por Lenin «esencia y núcleo de la

dialéctica» —, puesta por Engels en el segundo, y que en las exposiciones del materialismo dialéctico soviético anteriores a 1938 figuró siempre en primer término. Mientras el tercer rasgo muestra cómo se realizan el movimiento y evolución cósmicos, afirmados en el segundo, el cuarto rasgo señala las causas de dicha evolución y movimiento, y también de los enlaces universales históricos del cosmos, establecidos en el primer rasgo fundamental de la dialéctica. El materialismo dialéctico da la causa principal de la evolución de las cosas, de la aparición de cualidades o formas de movimiento específicamente nuevas, en la *contradicción interna* encerrada en los mismos seres. Según esto, la filosofía soviética sostiene que el movimiento en el cosmos tiene el carácter de *automovimiento*; su esencia consiste en que se funda en contradicciones reales que se exteriorizan concretamente en el hecho de que cada cosa y cada fenómeno están internamente divididos, que tienen diversos lados y elementos entre sí opuestos, los cuales impulsan la cosa a cambiar o moverse. Y puesto que *movimiento* — en el sentido más amplio — ha de entenderse de todo ser, la existencia de contradicciones internas pasa a ser la *ley ontológica* más importante y universal.

Los teóricos del marxismo dialéctico creen hallar ejemplos de contradicciones internas en todos los campos de la realidad. Recordemos algunos. En astronomía puede señalarse un par de opuestos en la determinación del movimiento de los planetas por fuerzas centrífugas y centrípetas. El átomo sería una complicada unidad de opuestos: los electrones se rechazan entre sí, lo mismo que los protones, mientras que los electrones son atraídos por los protones; también entre las fuerzas nucleares de enlace y las fuerzas culombianas de repulsión existe una contradicción dialéctica. Electricidad positiva y negativa, magnetismo norte y sur, son asimismo opuestos enlazados en unidades. La ciencia moderna ha reconocido la esencia llena de contradicciones de la luz, la cual se manifiesta en su doble carácter corpuscular y ondulatoria. También se ha pretendido que la ley de la unidad y de la lucha de los opuestos puede ayudar para una explicación del doble carácter corpuscular y ondulatorio de la materia: en la partícula elemental — electrón, nucleón, mesón... — tendríamos una forma dialéctica, una unidad de opuestos. Sobre todo en el campo de la biología sería la vida un proceso contradictorio en el que incesantemente tienen lugar edificación y construcción, asimilación y desasimilación; todo ser orgánico viviente es en cada momento de su existencia una unidad de aparecer y desaparecer.

La metafísica, despreciada y combatida por los teóricos marxistas se declara incapaz de comprender semejantes conceptos del movimiento cuyo origen debe poder derivarse de las contradicciones internas que encierra todo ser. Ella, en efecto, no puede concebir *reales contradicciones* intrínsecas a los objetos, antes declara la admisión de las mismas como «punto culminante del contrasentido» (Duering).

Por lo demás el cuarto rasgo tiene que cumplir dos funciones muy importantes. Por una parte «al ser establecida la lucha de los opuestos» como la ley óptica del todo universal, debe quedar teóricamente fundada y como perentoriamente probada la necesidad de la lucha de clases; por otro lado el descubrimiento de la fuente del movimiento y de la renovación eterna del cosmos, debe hacer superfluo el recurso a una causa extramundana en la explicación de la realidad. En tanto que el científico positivista se contenta con afirmar que no es posible demostrar nada acerca de la existencia de Dios, el materialista dialéctico sostiene que puede probar la no existencia de Dios, de un Principio absoluto.

Bastarían sin duda las afirmaciones que implican la negación de la contingencia de la materia para minar por su base esta columna fundamental de la filosofía soviética. Pero no estará de más, en el enjuiciamiento de la misma, señalar dos problemas: la existencia de contradicciones reales en la naturaleza, y la importancia que les corresponde como fuentes del movimiento y evolución en el cosmos, como raíces del *automovimiento*... Ya en los ejemplos antes aducidos se echa de ver que en la mayor parte de los casos no se trata de contradicción alguna propiamente dicha; muchas veces se trata de opuestos contrarios, no contradictorios; con frecuencia las contradicciones no pertenecen al mismo sujeto, o, por lo menos no bajo el mismo respecto; más aún, la banal constatación de que un fenómeno puede tener consecuencias positivas y negativas es designado como contradicción. También la pretendida contradicción existente en el movimiento local, la cual consistiría en que el cuerpo movido estaría y no estaría al mismo tiempo en un determinado lugar, y, en general, la contradicción que se afirma en todo devenir, el cual es concebido como una unidad de ser y de no ser, se resuelve fácilmente si atendemos a que allí donde el materialismo dialéctico habla de una contradicción entre ser y no ser, existe en realidad solamente una oposición real entre posibilidad y realidad en el seno del movimiento o del objeto que deviene.

Y ¿qué decir de la segunda tesis, a saber, de la afirmación según la cual las contradicciones reales, o por lo menos las oposiciones internas reales, son *fuentes de movimiento*, y así, en consecuencia, todo el movimiento del cosmos es *automovimiento*? Desde luego hay que hacer notar que esta tesis no está probada. Una demostración completa debería realizar tres objetivos: primero, debería hacerse evidente que en los ejemplos ofrecidos se trata realmente de oposiciones internas; segundo, debería mostrarse cómo en dichos casos resulta de estas oposiciones internas el automovimiento, sin intervención de una causa eficiente externa; tercero, debería ponerse de manifiesto que esta ley vale, no sólo para los ejemplos presentados, sino que tiene el carácter de ley óptica suprema de validez universal. En los tres puntos falla la argumentación del materialismo dialéctico.

II. EL MATERIALISMO FILOSOFICO MARXISTA

INTRODUCCION: «Por lo que toca al materialismo filosófico marxista, es en su esencia diametralmente opuesto al idealismo filosófico»: así Stalin. Como la *metafísica*, presentada como adversaria del método dialéctico, también el *idealismo*, caracterizado como opuesto al materialismo marxista, admite una multiplicidad de sentidos diversos. En cada uno de los *tres rasgos fundamentales* será impugnado una especie diversa de idealismo, una actitud filosófica fundamentalmente distinta. En consecuencia, también deberá variar el significado del materialismo, que en cada caso viene caracterizado por esta contraposición. Mientras en el *primero* de los rasgos es bosquejada una suerte de *Ontología* materialista, los *otros dos* tocan problemas *gnoseológicos*, cuya respuesta en modo alguno está enlazada con la tesis materialista del primer rasgo.

RASGOS FUNDAMENTALES TEORICOS DEL MATERIALISMO FILOSOFICO MARXISTA

Primer rasgo fundamental: «En oposición al *idealismo* que concibe el mundo como corporización de la idea absoluta; del espíritu cósmico, de la conciencia; el *materialismo filosófico de Marx* parte de la base de que el mundo por su naturaleza es *materia*, de que los variados fenómenos en el cosmos representan *formas diversas* de la materia en movimiento; de que el *enlace* mutuo y la mutua *determinación* de los fenómenos, que son comprobados mediante el método dialéctico, representa *regularidades* de la evolución de la materia que se mueve; de que el universo se desenvuelve según las leyes de movimiento de la *materia*, sin que necesite de espíritu cósmico alguno...» En este texto, el *idealismo* impugnado es — por lo menos principalmente — un sistema a la manera *hegeliana*, que reduce la realidad toda a diferentes formas fenoménicas del único espíritu.

Con este *primer rasgo* es afirmada la *unidad material cósmica*, en el sentido de que dentro de la naturaleza no se da otra cosa que materia en movimiento, y por cierto en los más variados modos de movimiento. Esta tesis tiene además el significado de un *monismo materialista*, que sostiene que el cosmos material es la totalidad del ser, que no existe lugar alguno para un principio espiritual.

Los filósofos soviéticos se esfuerzan en recorrer la evolución de la filosofía y de la ciencia para probar la *unidad material* del cos-

mos, uno de los sillares básicos de su materialismo. Aducen la obra de Copérnico, el cual, con su sistema helio-céntrico, redujo la tierra a la condición de mero planeta, y con esto suprimió el dualismo y contraposición entre terrestre y celeste; señalan la actuación de Galileo — que demostró que los cuerpos celestes no son cuerpos esféricos ideales —, de Newton — con su doctrina de la gravitación universal —, de los fundadores de la *astrofísica* — los cuales por el análisis espectral demostraron la presencia en los astros de los elementos terrestres —, de la *física reciente*, en fin, que afirma la convertibilidad de las partículas elementales y de los átomos químicos. Del campo de la *biología* es invocada la pretendida — no demostrada — conversión de las diferentes formas biológicas entre sí. De esta manera creen haber probado la tesis staliniana, en el sentido de que en la realidad objetiva no se da otra cosa sino materia... Que toda esta argumentación es una burda falacia, salta a la vista: también los filósofos no materialistas admiten dichos argumentos, en lo que ofrecen de solidez, pero sostienen, con toda razón, que la cuestión es si de todo ello se sigue que *todo cuanto existe* representa únicamente diferentes formas fenoménicas de la materia, y esto no resulta, en modo alguno, de los argumentos aducidos. Ni tienen valor alguno para sacudir la posición del sentido común y de la sana filosofía, las afirmaciones *dogmáticas* que acumulan y repiten los teóricos del marxismo.

Pero ¿qué expresa para el materialismo dialéctico el vocablo *materia*? ¿Qué es materia?... Los filósofos del marxismo-leninismo se complacen en subrayar que tanto el materialismo *metafísico* premarxista, como el *mecanicista* del pasado siglo han puesto siempre como base de sus elucubraciones un concepto *científico* de la *materia*. Como Descartes — contado por los pensadores soviéticos entre los materialistas — había identificado la materia con la extensión, los materialistas clásicos han considerado ciertas propiedades físicas y mecánicas como esencia de la materia; los más recientes mecanicistas han tenido al átomo o al electrón como esencia de la materia y fundamento último del universo... Contra semejante posición, definitivamente socavada por el progreso científico, propuso Lenin su concepto *filosófico* de la materia: «La materia es aquello que por su acción sobre nuestros órganos sensitivos produce la sensación; la materia es la realidad objetiva, la cual nos es dada en la sensación... La sola propiedad de la materia, a cuyo reconocimiento está atado el materialismo, es la propiedad de ser la *única realidad objetiva*, de existir fuera de nuestra conciencia...». Es claro que con tal definición queda el materialismo dialéctico desatado de los resultados que la ciencia pueda ofrecer en un determinado momento de su desarrollo. Mas, aún prescindiendo de la confusión entre *materialismo* y *realismo* — que en este texto aparece con toda claridad —, y de la indeterminación que afecta a dicho concepto filosófico — en particular por lo que atañe a la substancialidad de la materia —, hay que reconocer que Lenin

no define la materia *en sí*, sino en su relación al sujeto *cognoscente*; no da noticia alguna de lo que constituye la *esencia* de la materia.

De los atributos o propiedades de la materia, el *primer rasgo* subraya únicamente el *movimiento*. Este es la manera de ser de la materia. Ya lo señaló Stalin en el segundo rasgo fundamental de la Dialéctica. La materia está en movimiento perpetuo, sus formas de movimiento cuantitativamente diferentes pasan bruscamente a otras cualitativamente diversas, y así se desenvuelve a partir de la materia inferior y muerta, la vida y la conciencia. La ciencia soviética no puede dar respuesta alguna a la pregunta del *cómo* hay que representarse en cada caso particular este tránsito; pero el materialismo dialéctico afirma, con inquebrantable seguridad, que el tránsito existe. Tampoco puede ofrecer *prueba* alguna en sostén de su tesis. Los progresos en el conocimiento de la naturaleza no pueden apoyar la aseveración de que en la realidad objetiva no existe más que materia y movimiento. Es de notar que para poder mantenerse firmes en la absoluta materialidad del cosmos, en vista de los conocimientos de la física reciente, los ideólogos soviéticos se vieron forzados a ampliar notablemente, y a «desmaterializar» el concepto de materia. «A diferencia de la *materia ordinaria*, los fotones se llaman partículas de *campo*. La física moderna ha mostrado que la materia existe en *dos formas* cualitativamente diversas: en forma de *campo*, y en forma de *materia ordinaria*. La física conoce un campo electromagnético y un campo gravitacional. Además fue acuñado el concepto de *campo nuclear*. Campo y materia ordinaria son dos formas de la materia inseparablemente enlazadas entre sí.» Así Owtschinnikow, en su trabajo *Die Materialität der Welt* (1954).

El enjuiciamiento desfavorable del dogma fundamental *materialista* de la filosofía marxista, puede resumirse en pocas líneas. Según dicha tesis, la realidad que se elabora a sí misma, ascendiendo a formas de existir cada vez más elevadas, y finalmente incluso espirituales, es considerada, por razones que racionalmente no se descubren, y que tal vez sólo psicológicamente pueden declararse, como *materia*. Como Berdjaev muy justamente señala, esto significa, o bien atribuir a la palabra «materia» un sentido del todo nuevo, y con ello designar atributos, no sólo espirituales, sino aún divinos, o cargarse con una contradicción que penetra todo el sistema. En efecto: el mundo externo, tan insistentemente defendido por el realismo de Engels y Lenin como independiente del sujeto cognoscente, pasa a limitarse — del todo injustificadamente — a aquel mundo externo que obra sobre los órganos de los sentidos; así el *realismo* pasa a ser en fin *materialismo*. Asimismo el reconocimiento de diferencias y cambios *cualitativos* en el proceso evolutivo pierde valor, por cuanto la negación — de nuevo totalmente injustificada — de un ser extramundano y supramundano obliga al materialismo dialéctico a considerar los órdenes ónticos superiores como procedentes por evolución natural de los inferiores;

y esto es sólo posible mediante una vulneración del principio de causalidad, que en otros campos es defendido rigurosamente.

Segundo rasgo fundamental: «Frente al *idealismo* que afirma que sólo nuestra *conciencia existe* realmente, que el cosmos material, el ser, la naturaleza, únicamente existen en nuestra conciencia, en nuestras sensaciones, representaciones, ideas; el *materialismo filosófico marxista* tiene como punto de partida que la *materia*, la naturaleza, el ser, representan la *realidad objetiva*, la cual existe *fuera de la conciencia*, e independiente de ella; que la *materia* es lo *primario*, lo originario, pues es fuente de las sensaciones y representaciones de la conciencia, en tanto que la *conciencia* es lo *secundario*, lo derivado, porque es una imagen de la materia, del ser; que el *pensamiento* es un *producto de la materia*, la cual en su evolución ha alcanzado un alto grado de perfección, y es un *producto del cerebro* — el cerebro es el órgano del pensar —; que por esta razón no se puede *separar* el pensamiento de la materia, sin caer en un grosero error...» En este texto de Stalin se trata de un idealismo al estilo del *acosmístico* de Berkeley; en él toda la realidad es reducida al pensamiento subjetivo, individual. La contratesis materialista, enunciada en este *segundo rasgo*, encierra tres afirmaciones muy distintas.

A) Que la materia se da objetivamente *fuera de la conciencia*. Esto se designa, en el lenguaje filosófico corriente, con la palabra *realismo*. Lenin — como ya vimos — ha formulado en su obra filosófica capital — *Materialismo y Empiriocriticismo* — una noción de materia, la cual, en el fondo, no es otra cosa que esta concepción del realismo. El punto de vista realista es con todo limitado inmediatamente por Lenin, como por Stalin, en el sentido de que semejante realidad existente fuera de la conciencia sólo puede ser *material*. Así, este realismo materialísticamente limitado, rechaza dogmáticamente, apriorísticamente, la posibilidad de la existencia de seres no materiales.

Este segundo rasgo toca también el problema *fundamental* de la filosofía — según los teóricos del marxismo soviético — a saber, la *relación* entre materia y conciencia. Pero ¿qué hay que entender bajo el vocablo de *conciencia*? «La conciencia — responden dichos filósofos — abarca más que el pensamiento. Por esto, la cuestión básica de la filosofía no puede ser reducida a la relación entre pensar y ser. A la conciencia pertenecen también las sensaciones; éstas reflejan la realidad inmediatamente. En cambio, el pensamiento es el reflejo de la realidad objetiva en representaciones, conceptos, juicios, raciocinios, etc.» A la conciencia así definida se contrapone la materia como algo existente fuera de ella, pero a la vez íntimamente ligada con ella; son dos lados de la realidad entre sí inseparablemente trabados, pero del todo distintos... Y ¿cuál es la *naturaleza* de esta conciencia humana, la única reconocida por el marxismo? Conciencia, espíritu, pensamiento — vo-

cablos muchas veces sinónimos en su léxico — no son materia, ni una determinada especie de materia, sino que son propiedades de una determinada forma de movimiento de la materia, de aquella forma que está en la base de los procesos fisiológicos cerebrales. Y pues todas las propiedades de la materia, o de una parte de ella, son naturalmente materiales, síguese que las leyes de la lógica nos obligan a designar la conciencia como *material*. Bajo este aspecto, materia y conciencia están inseparablemente *unidas* entre sí, y no puede aislarse la segunda de la primera. Es lo que afirma Stalin al final de su formulación.

B) La materia que, según lo dicho, ni es una corporización del espíritu, de la conciencia, ni está en ella, es lo *primario* y originario, como fuente que es de las representaciones y sensaciones, y, por ende, de la conciencia; ésta, en cambio, es lo *secundario* y derivado, como quiera que es una mera imagen de la materia. Es la *segunda tesis* enunciada en el *segundo rasgo*. «La conciencia — había dicho Lenin — es tan sólo la imagen del ser; en el mejor de los casos, una imagen aproximadamente fiel, adecuada, idealmente exacta... Materia, naturaleza, ser físico, son lo *primario*: mientras que espíritu, conciencia, sensación, psíquico, son lo *secundario*.» Para Engels es esta tesis el criterio para clasificar las escuelas filosóficas; aquellas que consideran la materia como lo *primario*, son *materialistas*; en cambio, las que propugnan la *primitividad* y originariedad del espíritu, de la conciencia — lo mismo da que se trate de una conciencia individual o colectiva de los hombres, o de una conciencia divina — son *idealistas*.

C) La *tercera tesis* toca la cuestión del *origen* de la conciencia, del pensamiento, y afirma que éste es un *producto de la materia*, y precisamente del cerebro. Con esto volvemos otra vez a la ontología marxista, que fue ya el tema del *primer rasgo* fundamental del materialismo. Stalin no sostiene, en modo alguno, el punto de vista del materialismo vulgar, el cual afirmaba que «la conciencia era sencillamente materia», sino que, según él, la conciencia es una forma de movimiento, mejor, una propiedad de una forma de movimiento propia de cuerpos altamente diferenciados. Arranca de la tesis que proclama que todo ser se ha originado por evolución genética desde la materia anorgánica más sencilla hasta el hombre. Aun cuando los sabios soviéticos no han podido presentar la prueba en favor de su aserto, la sostienen sin vacilación ni duda, y exigen que la ciencia les proporcione la demostración correspondiente. De la capacidad de la materia inanimada de reaccionar ante ciertos influjos ambientales se habrían desarrollado gradualmente, por el camino descrito por la dialéctica — salto brusco cualitativo —, la excitabilidad y reacción propia de la vida vegetal, la sensación común al mundo animal, y, por fin, en el hombre la conciencia, forma de movimiento de la materia cerebral, en tan alto grado organizada.

A la luz de la sana filosofía, también este *segundo rasgo fundamental* del materialismo dialéctico resulta inadmisibile y falso,

así en su formulación como en su contenido. En el enunciado de la *primera tesis* sobre la *objetividad* del mundo corpóreo, se presentan como sinónimos los términos «materia», «naturaleza», «ser», lo cual es un postulado gratuito y falso, por una parte, y, por otra, no parece conforme a la contraposición que el marxismo-leninista hace entre «naturaleza» y «sociedad» e «historia»: también éstas pertenecen a la categoría de «ser» y son conocidas por la conciencia. Stalin da toda la importancia en este punto a la *gnoseología*, y proclama el *realismo* como doctrina fundamental de la teoría del conocimiento; lo cual, por cierto, es propugnado con firmeza por otros sistemas filosóficos que sólo injustamente pueden ser acusados de *idealistas*. Quien rechaza el idealismo como sistema gnoseológico, es presentado como defensor del *materialismo*; y argumentos que prueban la existencia de una realidad independiente del sujeto cognoscente, son aducidos sin más en favor de la tesis propiamente materialista.

La formulación de la *segunda tesis* parece confundir la *conciencia* — que, por otro lado, debería ser llamada *entendimiento*, ya que los conocimientos de que se trata son directos, no reflejos — con sus actos mismos, pues «la materia» — se dice — es fuente de las sensaciones, de los conceptos, de la conciencia, y la conciencia es «una copia de la materia, del ser»; no se distingue, por tanto, entre la facultad y sus actos.

Es evidente la gratuidad y la falsedad de la *tercera tesis*, según la cual la materia eterna, que en su eterno proceso evolutivo ha ascendido cada vez a formas de existir más elevadas, ha por fin llegado a una forma de organización interna singularmente elevada, el *cerebro*, y dotada de una propiedad específica, la *conciencia*, el pensamiento. Acerca de la naturaleza de éste, sólo dicen los filósofos soviéticos, que consiste en la capacidad de la materia para «percibir», «reflejar interiormente», «reflexionar», «hacerse conscientes» los procesos que en ella y fuera de ella se realizan. Ya se ve cuán pobre y defectuosa es la doctrina marxista sobre la *conciencia*. Y acerca de la causa que en la evolución cósmica determinó el tránsito de bruto «semejante al hombre» al viviente humano, el materialismo dialéctico — desde los tiempos de Marx y Engels — da la clásica y vacía respuesta de que la ocasión para este salto cualitativo fue la realización de «instrumentos», y el «trabajo» que de ello resultó. No parece oportuno detenerse en exponer la gratuidad y falsedad absoluta de semejante proposición, por más que se pretenda ser ella resultado genuino de la ciencia.

Tercer rasgo fundamental. »Contrariamente al idealismo, que impugna la posibilidad del conocimiento del mundo y de su legalidad; que no cree en la seguridad de nuestra ciencia; que no reconoce la verdad objetiva; y es de parecer que el universo está lleno de cosas *en sí*, las cuales no pueden jamás ser conocidas por la ciencia; el *materialismo filosófico marxista* asienta que el cos-

mos y sus regularidades son del todo *cognoscibles*; que nuestra ciencia de las leyes naturales — comprobada por la experiencia, por la *praxis* — es un saber digno de confianza, el cual tiene el sentido de verdad objetiva; que en el cosmos no existe cosa alguna «incognoscible, pero sí cosas que todavía no son conocidas, y que éstas serán descubiertas y conocidas por las fuerzas de la ciencia y de la *praxis*.» Aquí se presenta el idealismo en un tercer significado, y se dirige contra las variantes agnósticas de dicho sistema, entre las que ocupa primerísimo lugar la gnoseología de Kant. Según éste, el conocimiento es un producto en el que colaboran la realidad externa y las dos facultades humanas, sensibilidad y entendimiento.

En su crítica de la tesis de Kant y de otros idealistas sobre la incognoscibilidad del cosmos, y sobre las «cosas en sí» incognoscibles, y en su defensa de las tesis del materialismo acerca de la seguridad de nuestro conocimiento, escribe Engels: «La refutación más aplastante de ésta, como de todas las demás falsedades filosóficas, es la *praxis*, a saber, el experimento y la industria. Si podemos probar la exactitud de nuestra concepción de un proceso natural, realizándolo nosotros mismos, produciéndolo a partir de sus condiciones, haciéndolo servir además a nuestros fines, la *incognoscible* "cosa en sí" de Kant queda suprimida. Las sustancias químicas producidas en los organismos animales y vegetales permanecieron tales, "cosas en sí" hasta que la química orgánica empezó a presentarlas una tras otra; con esto la "cosa en sí", se hizo una cosa "para nosotros"... El sistema copernicano fue durante tres siglos una hipótesis, en favor de la cual podía apostarse cien, mil, diez mil contra uno, pero siempre restaba hipótesis; mas cuando Leverrier, partiendo de los datos ofrecidos por este sistema, calculó, no ya la necesidad de la existencia de un planeta desconocido, sino también su posición en el cielo, y cuando Galle de hecho lo halló en seguida, quedaba probado el sistema de Copérnico.»

En este texto, aducido por Stalin en apoyo de su tesis, se pone de manifiesto el papel decisivo desempeñado por la *praxis* en la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. No sólo representa, en efecto, un *criterio* infalible para la objetividad y exactitud de nuestro conocimiento, sino que es a la vez el *punto de partida* del acto cognoscitivo. Esta *praxis* significa ante todo la *praxis social*, es decir, la actividad productiva común de los hombres, de la que se ha originado y desarrollado la conciencia — como también el lenguaje a ella inseparablemente unido —. Mas también se designa como *praxis* la actividad *experimental* del científico y la acción *política* del jefe de Estado, o del partido. La «unidad de teoría y *praxis*» es tesis fundamental de la ideología soviética. El conocimiento, empero, debe *volver* a la *praxis* y terminar en ella: es lo que también enseña Mao-Tse-Tung en su escrito doctrinal «Sobre la *praxis*».

Es claro que si se ha entendido bien la gnoseología Kantiana, el

intento de refutar por la *praxis* la «cosa en sí» — como pretenden Engels y Stalin — aparece como carente de sentido. Lo que Kant quería decir con esta fórmula no es sino que no podemos conocer la cosa *como ella es*, prescindiendo de nuestras categorías mentales y formas de intuición, toda vez que nosotros coedificamos el mundo de la objetividad. La *existencia* de cosas externas jamás la ha negado Kant; por el contrario, él quería, por medio de su teoría del conocimiento, proporcionar un fundamento de derecho para el conocimiento exacto de las leyes de las ciencias de la naturaleza. Además Kant replicaría sin duda que la composición de un objeto de experiencia por otros objetos de posible experiencia — experiencia es sinónimo de *praxis* — no es refutación de la tesis de que los objetos, considerados en su conjunto, son productos de material sensitivo y de información espacio-temporal y categorial. Así la afirmación de que «nuestro conocimiento de las leyes naturales, comprobado por la experiencia, por la *praxis*, es un saber seguro, que tiene la significación de verdad objetiva», no aparece sólidamente establecida contra el criticismo Kantiano.

Por su parte Lenin, el cual acusa a Bagdanow, Basarow, Juschkewitsch y otros seguidores de Mach, de *fideísmo*, escribe: «El moderno fideísmo no rechaza en modo alguno la ciencia, rechaza sólo las pretensiones exageradas de la ciencia, y ante todo la pretensión a la *verdad objetiva*. Si existe una verdad objetiva — como piensan los materialistas —; si únicamente la *ciencia*, que copia el mundo externo en la experiencia humana, es capaz de darnos la verdad objetiva, con esto queda absolutamente rechazado todo fideísmo». En este pasaje — copiado por Stalin como argumento de autoridad en su favor — Lenin confunde la modestia del científico positivista, que atribuye sí a su conocimiento un valor positivo, pero no *absoluto*, adecuado, con una actitud del todo subjetivista. Más aún, enlaces regulares y relaciones causales corresponden también para los subjetivistas kantianos al mundo objetivo, sólo que este mundo no es el único, y que consta de objetos que son únicamente *fenómenos*, y fenómenos tales que no descansan sobre el capricho o arbitrariedad del sujeto, sino enteramente sobre la estructura de la facultad cognoscitiva del hombre, la cual es idéntica en todos los hombres.

La afirmación de que «tan sólo la *ciencia de la naturaleza* es capaz de comunicarnos la verdad objetiva», tomada como suena, es evidentemente falsa. Existe en efecto, un saber *religioso y teológico*, cuyo enlace no es el enlace objetivo del mundo externo — naturaleza y sociedad —, y así no puede ser alcanzado y poseído por el camino del método científico — observación, experiencia, cálculo matemático —; como existe todo un conjunto de campos de la investigación humana, todas las llamadas *ciencias del espíritu* — filosofía, derecho, historia, filología, etc. —, que por su objeto y carácter escapan del todo a dicho método.

En la misma obra *Materialismo y Empiriocriticismo* impugna

Lenin — y en esta postura está al lado del realismo neoescolástico — el llamado por él *idealismo físico*, es decir, la doctrina de aquellos físicos que de los recientes descubrimientos de su ciencia pretendían sacar conclusiones idealistas. Entre ellos enumeraba «a inmanentistas alemanes, discípulos de Mach, a neocriticistas e idealistas franceses, a espiritualistas ingleses, al ruso Lopatin, junto al único empiriocriticista Boganow». Ocasión para esta manifestación intelectual fue el descubrimiento de fenómenos infraatómicos que a muchos parecieron significar una desmaterialización de la materia, lo cual evidentemente era quitar toda base al materialismo. El desarrollo reciente de la física atómica y cuántica condujo a una ampliación y profundización de la imagen física del cosmos: detrás del campo de la *macrofísica*, con sus regularidades conformes con la mecánica clásica, con su continuidad espacial y temporal, y con su causalidad física rigurosa, ha descubierto la ciencia actual el mundo de la *microfísica*, en la que no rigen las leyes del macrocosmos, en el que parece reinar la discontinuidad y la negación de la causalidad, en la que se ofrecen realidades que todavía escapan a nuestra representación mental.

Es natural que semejantes ideas pusieran a la filosofía soviética en graves dificultades y apuros. De aquí que tanto los físicos teóricos como los filósofos de la URSS se hayan entregado a la búsqueda de una *interpretación* de la física cuántica que, alejada de todo idealismo y de todo positivismo, dejase a salvo los postulados de la epistemología del materialismo dialéctico, y en especial los tres asertos básicos del conocimiento del cosmos en todas sus partes y elementos, de la validez de la ley causal, y de la ordenación de todo lo existente en espacio y tiempo. A pesar de que los esfuerzos han sido muy intensos y repetidos, y no raras veces reveladores de verdadero ingenio y profundo análisis, no se ha logrado plenamente el objeto pretendido. A esta luz resulta por lo menos gratuita la parte final del *tercer rasgo*, al aseverar que «en el cosmos no existe cosa alguna *incognoscible* y que las cosas todavía no conocidas serán descubiertas y conocidas por las fuerzas de la ciencia y de la praxis...» Además, ¿cómo compaginar esta afirmación tan tajante con el postulado, no menos solemnemente establecido, de la *inagotabilidad* del conocimiento de la naturaleza, correspondiente a la infinitud de la materia, así hacia fuera — es decir, en cuanto al cosmos infinito —, como hacia dentro — en la estructura de los elementos de los cuerpos? —. Y ¿qué decir del aserto tantas veces repetido de que para el materialismo dialéctico no existe la *verdad definitiva*, sino tan sólo un avanzar indefinidamente hacia ella...?

Limitándonos a la doctrina del escrito staliniano que brevemente hemos comentado, puede señalarse cuán pronto la autoridad de su autor perdió el carácter de absoluta infalibilidad, después de su

muerte ocurrida en 1953. Al enjuiciar las nuevas ediciones del opúsculo muchos teóricos se mostraron partidarios de abandonar el *orden de exposición* hasta entonces servilmente seguido, conforme al modelo de Stalin, el cual empezaba tratando las cuestiones del *método*, y sólo después trataba de los caracteres del *materialismo filosófico marxista*. La razón invocada por ellos no podía ser más obvia: no es posible ilustrar el *modo* de la investigación del mundo material, sin haber expuesto de antemano *qué cosa* sea este mundo material. Ya en 1954 se propuso ante la Academia de Ciencias Sociales en Moscú que en adelante se prescindiese del todo de la estructura del escrito staliniano, pues que en ella no hallan lugar toda una serie de cuestiones esenciales del materialismo dialéctico — p.e. la ley de la «negación de la negación», y la doctrina de las categorías del ser.

Poco más se ha adelantado en la revisión o condenación de la forma y del contenido del trabajo de Stalin. Aún después de la XX asamblea del partido — de febrero de 1956 —, que significó el comienzo oficial del proceso de desestalinización a grande escala, siguió siendo prácticamente dicho escrito el *Catecismo del materialismo soviético*. Ni es de maravillar, pues que en dicho campo teórico no es en modo alguno original, sino que repite lo ya dicho por Engels y Lenin, si bien compuesto y ordenado de modo personal y muy acomodado. El mejoramiento ideológico, o si se quiere la prosecución de la versión staliniana del marxismo-leninismo, se ha limitado hasta ahora — en lo que a nuestro argumento atañe — a los dos puntos ya señalados, a saber: a la exposición del método dialéctico antes de la del materialismo filosófico, y a la insuficiencia de la enumeración de los rasgos fundamentales de la dialéctica. Dado el carácter secundario de estas correcciones, puede muy bien seguirse considerando y usando el escrito de Stalin como *bosquejo y síntesis de la esencia del materialismo dialéctico*.

R. PUIGREFAGUT, S. I.

*Profesor de Cosmología
en la Facultad Filosófica
de San Cugat del Vallés
(Barcelona)*